

“Dios me ama muchísimo. Ha hecho prodigios a favor mío, por su misericordia que me acoge siempre. Su amor y su gracia llegan a todos los hombres. ¡Como que somos sus hijos! Por Él nunca queda el dar a manos llenas. Somos nosotros los que no sabemos acoger las horas de gracia, los que cortamos el hilo de sus misericordias con nuestro poco agradecimiento y generosidad”

“No hay cosa más grata a Dios que hacer lo que Él dispone en nuestras vidas, cada día”

(Sta. Rafaela María)



“En una ocasión, se presentaron algunos a contar a Jesús lo de los galileos cuya sangre vertió Pilato con la de los sacrificios que ofrecían. Jesús les contestó: ¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos, porque acabaron así? Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis lo mismo. Y aquellos dieciocho que murieron aplastados por la torre de Siloé, ¿pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera. Y les dijo esta parábola: Uno tenía una higuera plantada en su viña y fue a buscar fruto en ella y no lo encontró. Dijo entonces al viñador: Ya ves, tres años llevo viniendo a buscar fruto en esta higuera y no lo encuentro. Córdala. ¿Para qué va a ocupar terreno en balde? Pero el viñador contestó: Señor, déjala todavía este año; yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto en adelante. Si no, la cortas.”(Lc. 13, 1-9)

Jesús aprovecha dos tristes sucesos que acaban de acontecer para que los judíos comprendan que tales desgracias son ajenas a la voluntad de Dios y no significan que uno sea pecador. Pero a la vez les incita a saber leer la historia desde la óptica de Dios. Hay que saber distinguir los signos de los tiempos, porque Dios nos habla a través de los acontecimientos históricos. Solo si estamos presentes en el mundo los podremos percibir. Solo desde el Evangelio podremos descifrar, en los signos de los tiempos, el deseo y la voluntad de Dios.

El Evangelio nos habla de la higuera estéril: si no da fruto, es inútil que ocupe lugar. Una Iglesia, una comunidad que no da fruto no tiene razón de ser. En la parábola, el Dios de la vida quiere cortar la higuera. Hay alguien, el viñador -Jesús mismo-, que pide al amo una nueva oportunidad. Jesús suplica por su pueblo y por cada comunidad cristiana, por cada persona en concreto. Nos da una nueva oportunidad y se compromete con cada uno de nosotros. Especialmente en Cuaresma estamos llamados a tomar postura ante este amor paciente: frente a la misión a que estamos llamados de hacer realidad el reino de Dios hay que decidirse.

Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis lo mismo.

¿Cuáles son las llamadas a la conversión que estoy recibiendo en este momento de mi vida? ¿Qué me está pidiendo Dios aquí y ahora?

Uno tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella, y no lo encontró.

Muchas veces nos conformamos pensando que nuestra tarea es sembrar y predicar y no nos esforzamos en ver los frutos, en bajar a la realidad y constatar el fruto de la siembra. El Evangelio nos invita explícitamente a encontrarlos. ¿Cuáles son esos frutos que tengo que dar en mi vida personal, en mi grupo de referencia, en mi comunidad, en la parroquia, en el ambiente en el que me desenvuelvo?

Señor, déjala todavía este año; yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto en adelante.

¿Qué medios estoy poniendo para seguir creciendo y madurando en la fe y dar los frutos que pide la conversión? ¿Qué cosas tengo que quitar, cavando alrededor y qué estiércol, es decir, qué alimento he de procurar?